



Nuestros valores

Ramón A. Laval Alvear (1862-1929)

Ramón Américo Laval Alvear, uno de los más admirables estudiosos del folclore chileno, nació en San Fernando, la capital de Colchagua, el 14 de marzo de 1862. Su padre fue el ingeniero y periodista francés Ramón Eduardo Laval y la madre, la dama santiandina Doña María Alvear. Interesante fue la vida del padre, un tratadista que tentó fortuna en los lavaderos de oro de California, desempeñó tareas docentes en la Escuela Naval, trabajó en el tendido ferroviario entre Santiago y San Fernando y entre San Fernando y Curicó, como también en la darsena y el tamar del puerto de Valparaíso.

Nuestro destacado folclorista siguió estudios eclesiásticos en los Padres de la Recoleta Dominicana, alcanzando a ser teólogo y minorista. Esta experiencia escolar le permitió disponer de una cultura clásica enviable, base de una de sus obras "Del latín en el folclore chileno". A los 21 años de edad, ingresó a la administración de Correos (1883), circunstancia favorable para el desarrollo de varios trabajos sobre filatelia y los servicios postales y telegráficos de Chile.

En 1891, año crucial en la convivencia nacional, pasó a desempeñarse en la Biblioteca Nacional, llamado por el director don Luis Montt. Allí destacó por su calidad humana y profesional, similar a su estancia en el servicio de correos. El período finisecular y el comienzo de la nueva centuria, fueron épocas de grandes inquietudes intelectuales, a las que no estuvo ajeno nuestro escritor.

Si en su casa recibía a un grupo de franceses, entre los que destacaba el sacerdote Emilio Waisse -Omar Ometh, el padre de la crítica literaria moderna en Chile-, en dependencias de la Biblioteca Nacional, o en alguna librería de moda, asistía a animadas tertulias en las que tomaba parte lo más granado de la intelectualidad de ese tiempo: Crescente Errázuriz, José Toribio Medina, el citado Omar Ometh, Julio Vicuña Cifuentes, Alberto Edwards, Tomás y Luis Thayer Ojeda, el Dr. Augusto Orrego Luco. Al abrigo de tan selecto círculo, fueron surgiendo algunas fundaciones de nuestra cultura, como la revista Chilena de Historia y Geografía y la Sociedad de Folclore Chileno. Esta

última tuvo como presidente inicial al filólogo Rodolfo Lenz, quien era un activo impulsor del folclore. El grupo fundador contó entre sus directores a Ramón Laval.

Las obras de materia folclórica constituyen una muestra insustituible de nuestra cultura popular. Proceden de la tradición oral, amasijo en el que se mezclan relatos, chascarrillos, adivinanzas, mitos y leyendas. Es la cultura de la oralidad, a la que muchos sociólogos le conceden una importancia mayor que a la obra modernizadora. "Las tradiciones culturales más antiguas de América Latina pertenecen a la oralidad, afirma Pedro Morandé Court ("Identidad Local y cultura popular"), quien tema las relaciones entre el Estado legislador, apasionado por el texto escrito y la sociedad cuyas costumbres se expresan en tradiciones orales. De estas tradiciones provienen los trabajos de Ramón A. Laval. En 1888, recogió el notable relato "El zapatero que se volvía gallo"; pero sus publicaciones regulares se iniciaron en 1909, con "El Cuento del medio pollo". Le siguieron "Cuentos chilenos de nunca acabar" (1910); "Oraciones en salmos y conjuros" (1910); "Contribución al folclore de Canahue", dos volúmenes (1916-1923); "Paranología chilena" (1923), trabajo con que se incorporó a la

Academia Chilena de la Lengua (1923) y "Cuentos de Pedro Urdemales" (1923).

Interesante resulta la opinión de Alonso, crítico que no fue muy adepto al criollismo liderado por Mariano Latorre. "Sus relatos juntan con arte admirable la sencillez refinada y la primitiva ingenuidad, el agrado de oír hablar un hombre que sabe mucho y habla muy bien y la sorpresa encantadora de conversar con seres para quienes el mundo está todavía en el período maravilloso". Así, Ramón A. Laval logró el prestigio no sólo de investigador del folclore, sino también de creador en lo más ancho del término.

Este estudioso de nuestra oralidad llegó a ser Sub-director de la Biblioteca Nacional, al tiempo que ejercía la docencia en varios establecimientos de la capital, como el Instituto Superior de Comercio y el Instituto Nacional. Sus tareas pedagógicas las desempeñó con la misma bondad con que atendía al público en la biblioteca. Se adelantó: «¿Cuántos años? - a modernas teorías curriculares fundadas en el amor, en el estímulo, contradas en el alumno. Sabía recompensar un trabajo bien hecho con palabras alentadoras y golosinas. Y, al finalizar la clase, obsequiaba a sus alumnos con el relato de algunos de sus cuentos. Escritores de la talla de Manuel Rojas deben a Ramón A. Laval la materia prima de alguno de sus cuentos más celebrados. "El Hombre de la Rosa", relato que bordea los límites del realismo mágico, está basado en la historia "La Rosa de las Monjas Claras", recogida por don Ramón.

Este ilustre santiandino falleció en 1929, luego de una fructífera labor en el servicio público y de una existencia entregada al desarrollo de las letras. Sin embargo, su obra permanecerá viva en el espíritu de quienes aman los cuentos de transmisión oral, cuyos comienzos son tan característicos: "Habla una vez... Para saber y contar y contar para saber... Para saber y contar y contar para aprender, esteras y esteritas para secar peritas; esteras y esterones para secar orejones; esterones y esterazas para secar calabazas..."

Jaime Herrera Román

Jefe Regional Departamento
de Educación



Nuestros valores [artículo] Jaime Herrera Román.

Libros y documentos

AUTORÍA

Herrera Román, Jaime

FECHA DE PUBLICACIÓN

1995

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Nuestros valores [artículo] Jaime Herrera Román.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile